

Discurso sobre la dignidad del hombre (1486)

Giovanni Pico della Mirandola

[...] Famosa es aquella afirmación de Hermes: <<Gran Milagro es el hombre>>. Mas luego, estos dichos me llevaron a reflexionar sobre su real significado y, debo decirlo, las profusas razones aducidas a propósito de la grandeza humana no se me figuraron totalmente persuasivas: que el hombre, parte de las familias de las criaturas superiores y soberano de las inferiores, es el vínculo entre ellas; que por su sentidos tan agudos, por su razón de agudo poder indagador y por la iluminación de su intelecto, es intérprete de la naturaleza; que, siendo intermediario entre el tiempo y la eternidad es, como solían decir los persas, cópula, y también enlace de todos los seres del mundo y, según los dichos de David, apenas inferior a los ángeles.

El hombre es una cosa grande, qué duda cabe, pero no tanto como para que reivindique el lugar de una ilimitada admiración. Por el contrario, ¿no debemos admirar más a los propios ángeles y a los beatíficos coros celestiales?

Sin embargo, debo coincidir, y a través de esa lectura comprender, que es el hombre el más afortunado de todos los seres vivientes y digno, por cierto, de profunda admiración. También comprendí en qué consiste la suerte que le ha correspondido en el orden universal, no sólo para envidia de las bestias, sino también de los astros y los espíritus ultraterrenos. [...]

[Dios dice a Adán en la creación] «No te he dado, oh Adán, un lugar definido, un particular aspecto ni, desde ya, una prerrogativa peculiar. Esto persigue el objetivo de que tengas un lugar, un aspecto y las deferencias que conscientemente elijas, y que, de acuerdo con tu intención, ganes y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas normas que he prescrito.

Sin embargo, tú, no limitado por carencia alguna, la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. En el centro del mundo te he colocado para que observes, con comodidad, cuanto en él existe. Así, no te he creado ni celeste ni terrenal, ni mortal ni inmortal, con el propósito de que tú mismo, como juez y supremo artífice de ti mismo, te dices la forma y te plasmases en la obra que eligieras. Tanto podrás degenerar en esas bestias inferiores como regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que, por cierto, son divinas.»

¡Oh, magnífica libertad de nuestro Dios padre! ¡Oh, admirable destino del hombre a quien le ha sido concedido el obtener lo que él desee, ser lo que él quiera! [...]

Los espíritus superiores, desde el principio fueron lo que serán eternamente. El Padre celestial, desde su nacimiento le confirió al hombre los gérmenes de toda especie y de toda la vida. Y según como cada cual los cultive, madurarán en él y le darán sus frutos. Si fueron vegetales, serán plantas; si sensibles, serán bestias; si racionales, se elevará a animal celeste; si intelectuales, será ángel o hijo de Dios [...].

¿Puede alguien no admirar a este camaleón nuestro? O, más bien, ¿quién podrá admirar más a cualquier otra cosa? [...]

No es, desde ya, la corteza lo que define a la planta, sino por cierto su naturaleza ciega e insensible; la bestia de labor no está definida por su cuero, sino por el alma bruta y sensual. Tampoco el cielo con su curvatura celeste ni la separación del cuerpo hace el ángel, sino la recta razón e inteligencia espiritual.

Por lo tanto, si llegas a ver a alguno arrastrarse por el suelo con su vientre pegado como una serpiente, no es un hombre eso que veis, sino una planta. Si te topas con alguien esclavo de los sentidos, enceguecido por sensuales halagos, no es un hombre lo que tienes enfrente, sino una bestia. Si hay un pensador que, con recta razón, discierne todas las cosas, venéralo: es un animal celeste, no terreno. [...]

¿Hay, pues, alguien que no admire al hombre? A ese hombre que acertadamente es designado en los textos sagrados, tanto mosaicos como cristianos, tanto con el nombre de todo ser de carne, o con el de toda criatura, precisamente porque se fragua, modela y recrea a sí mismo según el aspecto de todo ser y también su ingenio, según la naturaleza de toda criatura.

¿Por qué poner de relieve todo esto? Para comprender que desde el instante de nuestro nacimiento en la condición de ser lo que queramos, nuestro deber es guardar de todo esto: que no se afirme que nosotros, siendo en grado tan alto, no nos damos cuenta de habernos vuelto semejantes a los salvajes y a las bestias de labor de trabajo. Mucho mejor sería que se repitiera acerca de nosotros aquellos dichos del profeta Asaf: «Sois dioses, hijos todos del Altísimo».

De manera que, aprovechándonos en exceso de la liberalidad del Padre, siempre indulgente, no volvamos nociva en vez de salubre esa libre elección que Él nos ha concedido. Es necesario que nuestro ánimo se inunde de una sacra ambición de no saciarnos con las cosas mediocres, sino el anhelar las más altas, de esforzarnos por alcanzarlas con todas nuestras energías, dado que, con quererlo, podremos.

Releguemos las cosas terrenas, abjuremos de las astrales y, desechando todo lo mundano, volvamos a la sede ultramundana, cerca del cenit de Dios. En su trono, como enseñan los sacros misterios, los Serafines y los Querubines ocupan los primeros puestos. [...]

El poder de los Tronos [jerarquía celeste y ángeles] es inmenso y lo alcanzaremos con el amor. Pero ¿es posible juzgar o amar lo que no se conoce? Moisés amó al Dios que lo visitó y confesó a su pueblo, como juez, lo que había visto en el monte. He aquí por qué, en el medio, está siempre el Querubín, quien con su luz nos entrega la llama seráfica y, a la vez, nos ilumina el juicio de los Tronos. [...]

Nosotros también, remedando en la tierra la vida querubínica, conteniendo con la fuerza moral la impetuosidad de las pasiones, disipando la obnubilación mental con la dialéctica, purifiquemos el alma, quitémosle las manchas de la ignorancia y de la corrupción, para que no se desaten los afectos ni deleite la razón. [...]

Y recurramos al justo Job, que antes de ser insuflado de la vida hizo un pacto con el Dios de la vida, y preguntémosle qué es lo que el Sumo Dios prefiere sobre todo en esos millones de ángeles que están juntos a él: «La paz», responderá sin dudas, según lo que se lee en su propio libro: «Dios es Aquel que hace la paz en lo alto de los cielos». [...]

Grande es, sin duda, oh Padres, la desavenencia en nosotros; nuestras intensas luchas internas son peores que las peores guerras civiles. Si queremos huir de ellas y obtener esa paz que nos lleva a lo alto entre los elegidos del Señor, debemos apelar a la filosofía moral; sólo ella podrá tranquilizarlas y componerlas. Si, sobre todo, nuestro hombre establece una paz con sus enemigos y controla los inestables tumultos de la bestia multiforme y el ímpetu, el furor y el asalto del león. [...] desaparecidas ya la una y la otra bestia, como víctimas inmoladas, entre la carne y el espíritu se sellará un pacto inviolable de paz santísima.

Así, la dialéctica neutralizará los desórdenes de la razón mortificada tortuosamente por las pugnas entre las palabras y los silogismos insidiosos. La filosofía natural calmará las opiniones confrontadas y las divergencias que separan y lastiman de las más extrañas maneras a las almas inquietas. [...]

[...] Esta es la paz que Dios predica en su morada y que permite a los ángeles descender a la Tierra y anunciar a los hombres de buena voluntad para que también ellos, los hombres, asciendan al cielo por ella y se vuelvan ángeles. Auguremos, por lo tanto, esta paz a los amigos. Auguremos también esta paz a nuestro siglo. Fomentemos su prédica en todos nuestros actos, invoquémosla para nuestra alma, para que ella se vuelva así morada de Dios; para que, expulsada con la moral y con la dialéctica se adorne con toda la filosofía como un ornamento palaciego, corone el frontispicio de las puertas con la aureola de la teología, de modo que así descienda sobre ella el Rey de la gloria y, viniendo con el Padre, ponga mansión con ella. [...]

Bien es cierto que no sólo los misterios mosaicos y los cristianos, sino asimismo la teología de los antiguos nos muestran el valor y la dignidad de estas artes liberales de las cuales he venido a discutir. ¿Qué otra cosa, si no, quieren significar en los misterios de los griegos los grados habituales de los iniciados, que son admitidos a través de una purificación alcanzada con la moral y la dialéctica, artes que por cierto nosotros consideramos ya artes purificadoras? Y esa iniciación, ¿qué puede ser sino la interpretación de las más ocultas naturalezas mediante la filosofía? [...]

[Los sabios griegos señalaban] aquel viejo apotegma: "nada con exceso": establece rectamente la norma y la regla de toda virtud según el criterio del justo medio, del cual trata la moral. Y el famoso: "conócete a ti mismo": incita y exhorta al conocimiento de toda la naturaleza. [...]

[Apela a los valores cardinales de estoicos – sabiduría, justicia, fortaleza, templanza]. Significan, por cierto, que purifiquemos la legañosidad de los ojos con la ciencia moral, como con ondas occidentales; que con la dialéctica, como un nivel boreal, fijemos atentamente la mirada; que luego debemos habituarnos a tolerar en la contemplación de la naturaleza la luz aún temblorosa de la verdad; primer indicio del sol naciente; hasta que, finalmente, a partir de la piedad teológica y con el santísimo culto de Dios, resistamos vigorosamente, como las aves del cielo, el refulgente resplandor del sol del mediodía.